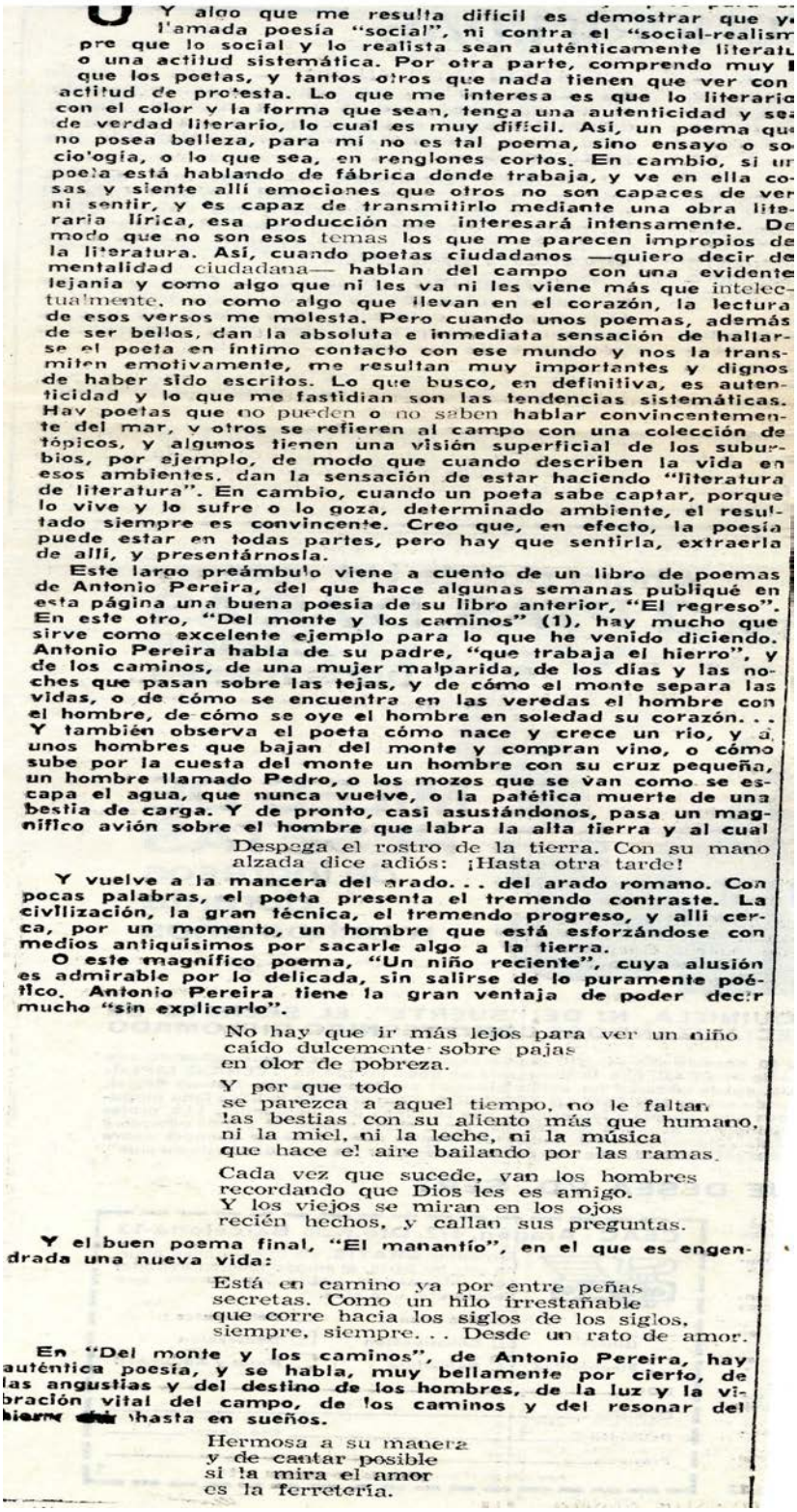
CUANDO LA REALIDAD SE CONVIERTE EN POESÍA

Rafael Vázquez Zamora



Y algo que me resulta difícil es demostrar que ya llamada poesía "social", ni contra el "social-realism pre que lo social y lo realista sean auténticamente literatu o una actitud sistemática. Por otra parte, comprendo muy b que los poetas, y tantos otros que nada tienen que ver con actitud de protesta. Lo que me interesa es que lo literario con el color y la forma que sean, tenga una autenticidad y se de verdad literario, lo cual es muy difícil. Así, un poema que no posea belleza, para mí no es tal poema, sino ensayo o so cio'ogía, o lo que sea, en renglones cortos. En cambio, si un poeta está hablando de fábrica donde trabaja, y ve en ella cosas y siente allí emociones que otros no son capaces de ver ni sentir, y es capaz de transmitirlo mediante una obra literaria lírica, esa producción me interesará intensamente. De modo que no son esos temas los que me parecen impropios de la literatura. Así, cuando poetas ciudadanos —quiero decir de mentalidad ciudadana— hablan del campo con una evidente lejanía y como algo que ni les va ni les viene más que intelectualmente, no como algo que llevan en el corazón, la lectura de esos versos me molesta. Pero cuando unos poemas, además de ser bellos, dan la absoluta e inmediata sensación de hallarse el poeta en íntimo contacto con ese mundo y nos la transmiten emotivamente, me resultan muy importantes y dignos de haber sido escritos. Lo que busco, en definitiva, es autenticidad y lo que me fastidian son las tendencias sistemáticas. Hay poetas que no pueden o no saben hablar convincentemente del mar, y otros se refieren al campo con una colección de tópicos, y algunos tienen una visión superficial de los suburbios, por ejemplo, de modo que cuando describen la vida en esos ambientes, dan la sensación de estar haciendo "literatura de literatura". En cambio, cuando un poeta sabe captar, porque lo vive y lo sufre o lo goza, determinado ambiente, el resultado siempre es convincente. Creo que, en efecto, la poesía puede estar en todas partes, pero hay que sentirla, extraerla de allí, y presentárnosla.

Este largo preámbulo viene a cuento de un libro de poemas de Antonio Pereira, del que hace algunas semanas publiqué en esta página una buena poesía de su libro anterior, "El regreso". En este otro, "Del monte y los caminos" (1), hay mucho que sirve como excelente ejemplo para lo que he venido diciendo. Antonio Pereira habla de su padre, "que trabaja el hierro", y de los caminos, de una mujer malparida, de los días y las noches que pasan sobre las tejas, y de cómo el monte separa las vidas, o de cómo se encuentra en las veredas el hombre con el hombre, de cómo se oye el hombre en soledad su corazón... Y también observa el poeta cómo nace y crece un río, y a unos hombres que bajan del monte y compran vino, o cómo sube por la cuesta del monte un hombre con su cruz pequeña, un hombre llamado Pedro, o los mozos que se van como se escapa el agua, que nunca vuelve, o la patética muerte de una bestia de carga. Y de pronto, casi asustándonos, pasa un magnífico avión sobre el hombre que labra la alta tierra y al cual

Despega el rostro de la tierra. Con su mano
alzada dice adiós: ¡Hasta otra tarde!

Y vuelve a la mancera del arado... del arado romano. Con pocas palabras, el poeta presenta el tremendo contraste. La civilización, la gran técnica, el tremendo progreso, y allí cerca, por un momento, un hombre que está esforzándose con medios antiquísimos por sacarle algo a la tierra.

O este magnífico poema, "Un niño reciente", cuya alusión es admirable por lo delicada, sin salirse de lo puramente poético. Antonio Pereira tiene la gran ventaja de poder decir mucho "sin explicarlo".

No hay que ir más lejos para ver un niño
caído dulcemente sobre pajas
en olor de pobreza.

Y por que todo
se parezca a aquel tiempo, no le faltan
las bestias con su aliento más que humano,
ni la miel, ni la leche, ni la música
que hace el aire bailando por las ramas.

Cada vez que sucede, van los hombres
recordando que Dios les es amigo.
Y los viejos se miran en los ojos
recién hechos, y callan sus preguntas.

Y el buen poema final, "El manantío", en el que es engendrada una nueva vida:

Está en camino ya por entre peñas
secretas. Como un hilo irrestañable
que corre hacia los siglos de los siglos,
siempre, siempre... Desde un rato de amor.

En "Del monte y los caminos", de Antonio Pereira, hay auténtica poesía, y se habla, muy bellamente por cierto, de las angustias y del destino de los hombres, de la luz y la vibración vital del campo, de los caminos y del resonar del hierro [illegible] hasta en sueños.

Hermosa a su manera
y de cantar posible
si la mira el amor
es la ferretería.